



Casamata y muro anticarro en el elemento de resistencia del Perales (Quijorna)

ESTADO DE CONSERVACION

Respecto al estado de conservación de estos elementos blindados, es aceptable en buena parte de los que han llegado hasta nosotros, pero son numerosos los que han sufrido destrucciones parciales, muchas de ellas en los años inmediatos a la guerra, por lo que en esos casos esta fase destructiva es también histórica.

Los daños que podemos observar ocasionados por la acción directa de los combates son excepcionales, siendo bastante frecuentes por el contrario los atribuibles a la recuperación de metal en la inmediata posguerra. Debido a la situación de aislamiento internacional que sufría España en esos años y a la economía de autarquía, los materiales alcanzaban precios altísimos, llegándose a pagar por unos pocos kilos de hierro el salario de un día de un peón. Por ello muchas personas se dedicaron a extraer las vigas de acero e incluso las armaduras del hormigón armado de las fortificaciones, en un trabajoso proceso de picado a mano. Consideramos por ello que esta fase de destrucción que podemos constatar en muchas de las obras de Madrid constituye una parte importante de su historia, como dramática evidencia de la difícil situación que se vivió en la posguerra.

Consideramos que de cara a su interés como elementos históricos todos los restos deben ser tenidos en cuenta, con independencia de su estado de conservación, más aún si tenemos en cuenta como queda dicho que a menudo la destrucción fue inmediata a su uso y forma parte de su historia. Además, dada la naturaleza blindada de estos elementos, su destrucción completa por los métodos artesanales indicados es casi imposible, conservándose por lo general al menos la mitad de la obra, sepultada por los restos del techo. Estos escombros dificultan la correcta identificación de la parte conservada, pero

estamos seguros que en muchos casos incluye una buena parte de las paredes y casi siempre la planta. De hecho, el análisis de lo conservado permite reconstruir la forma de la obra completa, como hemos hecho en ocasiones. Por ello hemos incluido todos los restos que creemos que conservan la planta y al menos el 50% de su alzado, prescindiendo sólo de los vestigios casi perdidos.

Otra cosa es la valoración que se pueda hacer de cada resto, que debe ser individualizada y para la que harían falta estudios más completos, incluyendo el desescombro. Pero para su consideración como vestigios de la GCE creemos que el mal estado de conservación no debe ser excluyente.

FORTIFICACIONES EXCLUIDAS

Como se ha explicado, este trabajo se ha centrado en los restos singulares conservados de fortificación de las que conocemos su existencia, dejando fuera las desconocidas en la bibliografía o inaccesibles. También las excavadas en tierra. Pasamos ahora a explicar estos conjuntos y sus circunstancias especiales.

Trincheras, abrigos en caverna, cuevas, campamentos...

Tanto las fortificaciones construidas durante el conflicto como las que han llegado hasta nuestros días eran mayoritariamente obras excavadas en tierra o en la roca. Se trata de trincheras, traveses, caminos cubiertos... de las que se realizaron centenares de kilómetros tanto en el frente como en segundas o terceras líneas, bastantes de los cuales han llegado hasta nuestros días. En ocasiones estos sistemas crearon verdaderas marañas de trincheras, que en caso de las excavadas en roca se conservan bastante bien; parcialmente aterradas y con los parapetos derrumbados pero no es difícil seguirlas durante largos tramos. Las excavadas en las blandas rocas de arcilla o yeso del sureste de la Comunidad son un buen ejemplo de ello, con amplios desarrollos conservados en los valles de los ríos Jarama o Manzanares. Son frecuentes también en estas zonas los abrigos en caverna, excavados igualmente en la roca y numerosas cuevas de diversa funcionalidad, las populares chabolas en las que se alojaban los soldados. Estas forman también en retaguardia agrupaciones en barrancos o valles desafilados del fuego enemigo que constituían campamentos en los que descansaban las tropas cuando no cubrían el frente.

No se ha hecho un inventario de estas fortificaciones, pero sin duda serán cientos los kilómetros lineales de trinchera conservados. Para documentarlos con rigor sería preciso realizar un exhaustivo trabajo de archivo y comprobación in situ.